

bam  
bú

# El carrusel de Central Park

María Menéndez-  
Ponte



Editorial Bambú es un sello  
de Editorial Casals, SA

© 2019, María Menéndez-Ponte, por el texto  
© 2019, Laura Catalán, por todas las ilustraciones  
© 2019, Editorial Casals, SA, por esta edición  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
editorialbambu.com  
bambulector.com

Autora representada por IMC Agencia Literaria SL.

Diseño de la colección: Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2019  
ISBN: 978-84-8343-575-5  
Depósito legal: B-1049-2019  
*Printed in Spain*  
Impreso en Anzos, SL  
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta  
obra solo puede ser realizada con la autoriza-  
ción de sus titulares, salvo excepción prevista  
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de  
Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si ne-  
cesita fotocopiar o escanear algún fragmento de  
esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 /  
/ 93 272 04 45).

# New York, New York (Prólogo)

**Hay ciudades en** las que nunca sucede nada.

Y hay otras, como Nueva York, en las que nunca dejan de pasar cosas.

La primera vez que la vi fue a vista de pájaro, desde la ventanilla del avión, cuando aún no había cumplido los tres años.

En ese momento mi corazón se puso a dar saltos mortales, uno tras otro, enloquecido.

Me gustaría poder daros una charla científica sobre semejante fenómeno, pero, como sabéis, el corazón no se mueve por razones, sino por emociones.

Supongo que fue el impacto que me causó ver todas aquellas islas, perdidas en mitad del océano,

donde se apiñaban montones de gigantes galácticos temerosos de caer al agua.

Mi madre me señaló la isla de Manhattan, que era donde íbamos a vivir.

Y durante unos segundos mi corazón se detuvo en seco.

Ahí, en medio de aquellos gigantes timoratos, había un cocodrilo imponente que los mantenía a raya: apenas les dejaba espacio sobre el que amontonarse.

Y los pobres miraban implorantes a la Estatua de la Libertad, que se encontraba en un pequeño islote cercano, como pidiéndole ayuda.

¡¡LIBERTAAAAAAD!!!

A mí me extrañó que la LIBERTAD fuese una estatua, la verdad; siempre la había imaginado con unas alas enormes y etéreas.

Ella es quien hace volar las palabras que lees a tu cabeza y la que te arrastra a vivir aventuras (lo descubrí a los dos años, cuando aprendí a leer. Según dicen, fui un niño precoz).

LIBERTAD es la palabra más volátil de todas, se escapa por cualquier ranura que encuentre. ¡Imposible doblegarla!

Yo creo que deberíamos escribirla con alas en vez de letras, pero a los niños no se nos pide opinión sobre estos asuntos.

El caso es que para mí fue una sorpresa ver a esa señora tan grande y bien plantada que sostenía una antorcha con una mano en alto y tenía una corona de puntas en la cabeza.

Lo que no entendía era cómo, siendo dueña de la libertad, no liberaba a los pobres gigantes de semejante fiera.

¡¡¡LIBERTAAAAAAD!!!

Fue lo que sentí yo cuando cruzamos en un taxi amarillo el Triborough Bridge, un puente enorme, engalanado con ristras de lucecitas como las de las ferias, que te lleva desde el aeropuerto J. F. Kennedy hasta Manhattan.

Recuerdo que era agosto y el aire caliente me daba en toda la cara.

En la radio sonaba la canción *New York, New York*, y yo tenía la impresión de ser el protagonista de una película, porque todo lo que veía me parecía sorprendente.

¿Acaso no os sorprendería ver una ciudad en la que sale humo de las calles?

Sí, habéis leído bien: no he dicho de las chimeneas, sino de las calles.

Lo primero que pensé fue que allá abajo se escondía un mundo habitado por dragones que no paraban de echar humo por la nariz, o igual eran unos enanitos que se pasaban el día cocinando...

Pero enseguida hice un nuevo descubrimiento. Resulta que los gigantes galácticos eran en realidad los rascacielos que nos rodeaban, y el cocodrilo, Central Park, un parque que atraviesa casi todo Manhattan.

Entonces supe a qué se debía el humo que salía de las calles.

Era la consecuencia del ritmo frenético que imprimían los rascacielos a la ciudad.

¡Un ritmo vertiginoso!

Imaginé los zapatonos de todos aquellos edificios bailando bajo tierra.

¡Por fuerza tenía que salir humo!

Y no creáis que son delirios de un niño pequeño y fantasioso; os aseguro que no hacía tanto calor como para que se me recalentara la sesera.

En ese instante tuve la corazonada de que mi vida ahí iba a ser una gran aventura.

Aunque, ni por lo más remoto, podía imaginar cómo de grande.

Juzgado vosotros al leer la historia que os voy a contar.

Solo os adelanto que en ella estuvo en juego no solo mi libertad, sino la de todos los habitantes de Manhattan. Y que ese misterioso humo que salía de las calles sería crucial en dicha aventura.

Me ocurrió cuando tenía cinco años y ya era un niño totalmente americano: había dejado de llevar el típico abrigo inglés con el que siempre me tomaban por niña (allí solo las niñas llevan abrigos), hablaba igual que ellos y comía sándwiches de *peanut butter* con mermelada, como mis amigos del colegio.



1.

## *Show and tell*

**Vivir en Nueva York** era como caminar por las teclas de un piano improvisando melodías. Con cada nota que salía de él, yo me sentía un poco más feliz.

La FELICIDAD crecía dentro de mí al ritmo vertiginoso que marcaban los rascacielos.

Para entonces ya distinguía perfectamente el que hacía cada uno.

Mi favorito era el Chrysler, un edificio *art déco* que marcaba un ritmo *funk* como el que bailaban los negros por Central Park, con unos radiocasetes al hombro casi más grandes que ellos: dos pasos adelante y tres atrás más rápidos, PAM, PAM, pam-pam-pam. Los imaginaba trepando por todo el edificio sin perder nunca el ritmo, tan incansables como las

canciones de James Brown. Y la aguja que lo remataba vibraba haciendo cosquillas al cielo, que se reía a carcajadas.

Luego estaba el Empire State, donde King Kong, embutido en un esmoquin blanco, bailaba claqué por la noche cuando nadie lo veía. Durante el día aún vibraban sus pasos por la Quinta Avenida con la calle 34.

Y todo el que caminaba por Broadway lo hacía al ritmo de *swing* que marcaba el Flatiron, un edificio con aire de nobleza que parecía una loncha de queso doblada y puesta de pie.

Pero el ritmo más trepidante, sin lugar a duda, era el que marcaban los edificios repletos de letreros luminosos que rodeaban Times Square, puro *jazz* de Nueva Orleans.

Como veis, en Nueva York uno no se desplaza, sino que baila por sus calles enfebrecidas.

Vivíamos en Madison Avenue, en el sexto piso de un rascacielos de cuarenta plantas. En el ático había una terraza inmensa con hamacas y una piscina, cubierta en invierno y descubierta en verano, desde donde se veía todo Central Park, y que prácticamente solo utilizábamos nosotros, porque mi madre es sirena y necesita pasar mucho tiempo a remojo.

Nuestro edificio estaba justo enfrente del Reservoir, un lago enorme alrededor del cual iba a correr con mis padres.

Al otro lado del lago, en el West, estaba la casa de John Lennon, que era uno de los componentes de The Beatles, mi grupo preferido desde que era un bebé (ya con seis meses era capaz de identificarlos en las portadas de los discos).

Imaginaos la ilusión que me hacía pensar que en cualquier momento lo vería por la calle y podría decirle lo mucho que me gustaba su música. Vivía en un edificio llamado Dakota que vibraba con los compases de *Imagine*, una canción suya, y que estaba al lado del Museo de Historia Natural, al que íbamos a menudo porque era mi museo favorito.

Mi colegio era el Saint David, y para llegar a él solo tenía que cruzar la calle, lo cual era una gran ventaja a la hora de poder dormir un poco más.

–¡Antonio, date prisa, que ya es tarde! ¿Qué estás haciendo? –me preguntó mi madre al entrar en mi cuarto (bueno, mío y de mi hermano Álvaro, que tenía dos años y era un revolucionario de marca, ya os iréis dando cuenta).

–Estoy buscando el folleto de la casa de veraneo de George Washington que visitamos el fin de semana, porque hoy tengo *Show and tell*.

*Show and tell* era una actividad que nos tocaba hacer a cada uno una vez a la semana. Te subías a una tarima y los demás se sentaban a tu alrededor en un semicírculo para escuchar la disertación del correspondiente orador. Luego te hacían preguntas sobre lo que habías contado.

–¡A saber dónde lo has puesto! –dijo mi madre.

–Lo tenía en mi calabaza de Halloween, seguro que Álvaro me lo ha cogido.

Álvaro lo negó mientras se chupaba el dedo con fruición, pero, por su cara de pillo, yo estaba seguro de que había sido él.

–¿Por qué no te llevas el libro de Paul Revere?  
–me sugirió.

–¿Crees que les gustará? Acuérdate de lo que pasó con el de Cristóbal Colón.

¡Menuda trifulca se había armado porque mis amigos decían que era italiano! Me enfadé un montón con ellos. Les dije que él sería italiano, pero que el descubrimiento de América había sido posible gracias a los Reyes Católicos.

–En este caso no habrá problemas: Paul Revere es un héroe americano, y su cabalgada nocturna es un hecho que forma parte de su historia –me aseguró ella–. Además, a ti te encanta –añadió.

Sí, una de mis pasiones era leer libros de historia

y biografías de personajes famosos, como Cristóbal Colón, Lincoln, Washington o Kennedy. Era como viajar a otras épocas diferentes y enterarte de un montón de secretos.

Uno tiende a creer que las cosas siempre han sido como en el momento en el que vive. Cuesta imaginar que Nueva York fuera solo un montón de praderas pobladas por una tribu amerindia conocida como «la tribu del abuelo». Entonces se llamaba Scheyischbi, que significa ‘el lugar que se aproxima al océano’, y no había ni tiendas ni McDonald’s ni pizzerías ni carritos de *hot dogs*. Vivían de cultivar maíz, calabaza, frijoles, tabaco y azúcar de arce, y también de la caza y de la pesca. Les gustaban especialmente las ostras, por eso los primeros colonos que llegaron de Europa, concretamente de Holanda, bautizaron a una de sus calles como *Pearl Street* (por las perlas de las ostras).

–OK, mom. *¡One if by land, two if by sea!*<sup>1</sup> –grité empuñando mi linterna para imitar a Paul Revere.

Era la consigna que este héroe americano había ideado para alertar a las tropas regulares de la llegada de la armada inglesa el 19 de abril de 1775: un destello con la linterna quería decir que llegaban por tierra, y dos, que llegaban por mar.

.....  
1. OK, mamá. ¡Uno, si es por tierra, dos si es por mar!

2.

## La cabalgada de Paul Revere

**Mi colegio era** un edificio de ladrillo rojo de cinco plantas.

Las ventanas del primer piso tenían forma de arco, las del segundo eran alargadas como lápices, más grandes que las del tercero y el cuarto, y las del último eran las más pequeñas y se abrían al tejado de pizarra como ojos que otean el tiempo que va a hacer.

Todas las mañanas, antes de empezar las clases, hacíamos el juramento a la bandera con mucho sentimiento, presididos por nuestra profesora, que se llamaba *miss Peters*.

*Miss Peters* tenía gafas, siempre llevaba el pelo recogido en una trenza y olía a vainilla.

Era una profesora genial. Nos trataba con seriedad, como si estuviéramos en la universidad, y eso

era de agradecer. Yo ya estaba harto de esos adultos que se dirigían a los niños como si tuviéramos algún tipo de retraso mental, con una vocecita tan ridícula que daban ganas de salir corriendo.

Cuando llegué al colegio esa mañana, me encontré en la puerta de entrada a Lorne y a Freddy, que eran mis mejores amigos, aunque todos nos llevábamos muy bien. Precisamente ese día había invitado a comer a Lucas, que durante semanas me había estado dando largas hasta que por fin me confesó que solo vendría con su madre y con su hermano Paul, que era de la misma edad que Álvaro.

Así que a mi madre no le quedó otra que invitarlos a todos.

—¿A ver qué has traído para *Show and tell*? —me preguntó Lorne quitándome el libro. Y sus ojos, que eran pequeños, se achicaron aún más.

—¿Te lo has leído? —se asombró Freddy al ver que no era un cuento infantil. Y al fruncir la frente, su flequillo rubio y liso se elevó unos centímetros.

Sus pupilas se movían como dos péndulos dentro de sus ojos azules, tratando de descifrar el título. Ninguno de mi clase sabía leer de corrido. Solo algunas palabras fáciles, como *bus* o *car*. Por eso a mí, que había aprendido a leer a los dos años, me daban libros de tercer y cuarto grado para trabajar.

–Las palabras son pájaros cautivos que, cuando las lees, se echan a volar y te arrastran con ellas a vivir aventuras. Es muy divertido –les aseguré.

Sonó el timbre y entramos precipitadamente en la clase.

Después del juramento a la bandera, *miss* Peters me pidió que subiera a la tarima para hacer mi exposición.

Primero presenté a Paul Revere, por si había alguno que no lo conociera, y a continuación me dispuse a contar su cabalgada nocturna para salvar a las tropas americanas. Puse tanto entusiasmo que enseguida conseguí captar su atención. Todos tenían los ojos muy abiertos y brillantes. Para darle mayor emoción, en el momento cumbre saqué la linterna del bolsillo e hice las señales pertinentes con ella.

Cuando acabé, me aplaudieron un montón y *miss* Peters me felicitó por lo bien que lo había hecho. Luego me hicieron cantidad de preguntas, tantas que hubo que cortarlas para hacer otras actividades. Una pena. Fue uno de esos momentos de gloria que te gustaría que no se acabara nunca.

Pero en el recreo mis compañeros volvieron a la carga con Paul Revere. Querían saber más cosas de él, y yo me sentí muy orgulloso por el interés tan grande que había despertado mi disertación. Creo

que también Lucas se sintió orgulloso de mí, porque les dijo a todos que iba a comer a mi casa y propuso que esa tarde jugáramos a Paul Revere en Central Park, con nuestras bicis como caballos. Además, me eligieron a mí por unanimidad para ser Paul Revere.

Sentí que la FELICIDAD me estallaba en el pecho como fuegos artificiales.

Solo estaba algo preocupado por la comida. Siempre que me invitaban mis amigos a sus casas comíamos sándwiches, no como en la mía, que cocinaban todos los días. Así que tuve que llegar a un acuerdo con mi madre para ver qué ponía de menú.

Yo tenía miedo de que a la madre de Lucas no le gustara nuestra comida, porque sus hijos solo comían sándwiches de *peanut butter*, de modo que mi madre decidió hacer algo de picoteo.

Había croquetas, tortilla de patata, crepes con atún, lechuga y mayonesa, palitos de apio y zanahoria con salsa rosa, fiambres y quesos.

Yo miré todo aquello con aprensión, pues no estaba seguro de que les fuera a gustar. Pero mi miedo se disipó en cuanto vi que la madre de Lucas vaciaba las fuentes mientras cantaba las excelencias de los sándwiches de *peanut butter*:

–Siempre se los doy a mis hijos porque tienen mucha proteína. Son proteínas baratas –decía, lle-

vándose a la boca la quinta o sexta croqueta (yo ya perdía la cuenta).

Era una señora inmensa, no como sus hijos, que eran extremadamente delgados, y pelirroja, como Lucas. En cambio, Paul tenía el pelo rubio, casi blanco, como su padre.

Mi madre la escuchaba tan perpleja como yo, viéndola arrasarse con todo, pero tuvo la delicadeza de no decirle a la cara lo que pensaba: que era una cutre y una vaga por alimentar a sus hijos a base de *peanut butter*.

Después de comer se puso a llover y no pudimos ir al parque, pero lo pasamos muy bien jugando los cuatro, aunque a veces Paul y Álvaro nos fastidiaban los juegos.

Cuando oscureció, apagamos la luz del cuarto y jugamos a Paul Revere. Como Lucas también quería hacer señales con la linterna y era el invitado, nos turnamos.

Pero, cuando me llegó el turno, me sorprendió que en la ventana se produjeran unos destellos en respuesta a mis señales de la linterna.

Me abalancé hacia ella para descubrir su procedencia y me pareció ver, a través de la cortina de lluvia, un caballo que se alejaba por Madison, galopando entre los coches.

¿Sería el fantasma de Paul Revere?

